La estupidez es contagiosa (I)

Posted on 15 de octubre de 2018 by Rafael Núñez Florencio

«A la estupidez, que no conoce límites, sólo cabe combatirla, por muy desigual que resulte la lucha y mucha sea la pereza que nos venza»: esta es la primera frase que se encontrará el lector en la contraportada de un librito de Ricardo Moreno Castillo titulado *Breve tratado sobre la estupidez humana* (con prólogo de Francesc de Carreras). Me ha salido escribir así, a bote pronto y con familiaridad, un librito, aunque técnicamente tendría que haber dicho un opúsculo (formato de bolsillo, letra grande y poco más de cien páginas de texto), primorosamente editado, como es costumbre, por Fórcola en la colección Singladuras. Podría ser perfectamente el texto de una buena conferencia, no ya sólo por la extensión, sino por el propio tono del discurso, ameno y agudo, pero nada petulante ni cansino. Puedo levantar acta de que se devora con fruición en menos de una hora. En cuanto ejemplar físico, lo primero que atrae del pequeño volumen es una elegante portada que reproduce parcialmente el simbólico cuadro del Bosco *Extracción de la piedra de la locura*, que en los créditos han sustituido, en consonancia con el tema tratado, por piedra de la estupidez. ¡Ay, si fuera tan fácil erradicar el mal de la estupidez, si sólo fuera menester una extracción de las características dibujadas por el genial pintor holandés!

Fíjense en una cosa: la ilustración de la portada y la frase con que empezaba este comentario están en abierta confrontación. Me interesa destacarlo desde el principio porque, como verán enseguida, constituye la base de mi discurso. ¡Ay ?he dicho?, si la estupidez se extirpara como un forúnculo o, incluso, como un tumor! Esto comportaría como mínimo dos consecuencias: la primera, la más obvia, que la estupidez podría detectarse objetivamente como cualquier enfermedad o dolencia biológica; la segunda, y más importante, que la intervención quirúrgica abriría las puertas a la curación, quizá no en todos los casos, pero sí en un considerable número de ellos. Sobre lo primero ya nos advertía un filósofo, Mauricio Ferraris, en una obra comentada en este mismo rincón, *La imbecilidad es cosa seria*: «los locos son pocos y, en general, reconocibles. Los tontos son muchos y están bien mimetizados y dispersos en el medio». Dicho de otra manera, hay tontos a los que se les ve venir a la legua (el típico tonto del haba o tontolaba), pero estos son minoría –siendo muchos, desde luego? y relativamente poco peligrosos. El grueso de los estúpidos no son tan fáciles de detectar por dos motivos: porque la estupidez adopta formas sibilinas (es decir, que muchas veces, si no estamos atentos, no la descubrimos a tiempo) y, sobre todo, lo que es más decisivo, que estos estúpidos, la especie que más abunda, no tienen dedicación exclusiva, esto es, no lo son a tiempo completo. Al contrario, pueden conducirse de modo inteligente en

según qué casos y aspectos. Luego volveremos a esta cuestión de la reversibilidad desde otro punto de vista.

Déjenme ahora que diga algo sobre la segunda consecuencia que enuncié antes: la de algo así como una sanación de la imbecilidad tras una suerte de intervención desde fuera. El equivalente a la metáfora de la operación podría ser una seria advertencia, una amonestación, una sanción incluso. Pero como ya adelanté, y es obvio, no hay nada de esto. Por el contrario, la estupidez, a lo que más se parece desde el punto de vista biológico, es a un cáncer con metástasis. Sajamos aquí… ¡y zas!, sale por este otro lado, o se reproduce en el mismo sitio. No quiero dármelas de muy perspicaz. Confieso que no descubro con ello nada nuevo, pues sólo transito la senda de la sabiduría popular que señala al hombre como único animal que tropieza dos veces en la misma piedra. El refrán, en todo caso, peca de optimismo, porque en vez de dos debía decir cien, que se aproxima mucho más a la realidad, como todos sabemos por experiencia. Ya que estamos con las metáforas biológicas, habría que precisar más: la capacidad de resistencia de la estupidez y su facilidad para reproducirse la asemejan más que a ninguna otra cosa a los virus o, mejor dicho, a las enfermedades víricas. La informática ha dado un nuevo impulso al concepto de virus. Para completar el panorama del mundo que vivimos, tendríamos que hablar de los tres grandes tipos de virus de nuestro tiempo: los virus que nos hacen enfermar, los virus que destruyen la información de nuestros ordenadores y el todopoderoso virus de la estupidez. De los tres, este es el más letal por una sencilla razón: a los otros, mal que bien, se les combate con medidas más o menos eficaces; para el último no se ha descubierto remedio verdaderamente eficaz.

Quienes me sigan de modo habitual en este blog y también quizás aquellos que lo hagan de modo esporádico, saben de mi interés por el tema de la estupidez, al que he dedicado extensos artículos, bien aludiendo a ella en sentido estricto, de la mano del maestro Carlo Cipolla (*De la estupidez*), bien atendiendo a algunas de sus variantes (*Filosofía de la imbecilidad*). Lo digo, más que nada, para advertir que muchas de las omisiones que pudiera detectar el lector atento no son tales, sino planteamientos que fueron expuestos en ocasiones anteriores y que ahora trato de evitar para no repetirme. Lo que voy a hacer también en este caso es ir de la mano de Ricardo Moreno, tomando algunas de sus sugerencias, aunque eso sí, insertándolas en un contexto algo diferente al suyo. No pretendo, como antes advertí, ser muy original. Me conformo con que reconozcan exactitud o justeza en el panorama general que me dispongo a trazar. En fin, para no darle más vueltas al asunto e ir directamente al grano, quiero sintetizar las tres grandes razones que me llevan a interesarme/preocuparme por la estupidez.

¡Estamos rodeados! Es decir, no se trata de un mensaje de socorro tipo «¡Houston, tenemos un problema!», sino de algo peor, mucho peor, incomparablemente peor. Esta es la primera

razón. Miren a su alrededor. Da igual que miren por la ventana, hacia la calle, que miren en la *cajatonta* (ya el nombre lo dice todo) o que se entretengan navegando por Internet. Da igual si hablamos del ámbito familiar, de la esfera laboral, de los medios de comunicación o del tinglado político. Si me llaman paranoico, ustedes tienen dos problemas, porque aún no se han dado cuenta de la magnitud del combate. Recuerden la frase con que abría esta reflexión: la estupidez no conoce límites. Decía Marx que la lucha de clases era el motor de la historia. Estoy con Ricardo Moreno cuando hace una enmienda a la totalidad: «El motor de la historia es la estupidez y sus derivadas (la hipocresía, la intolerancia, el fanatismo, la ambición desmedida…)» Con un agravante que él mismo consigna a continuación: «La estupidez carece de leyes y de normas». Eso la hace mucho más peligrosa que la maldad. La estupidez es mucho más difícil de combatir, porque es imprevisible. Y, por si fuera poco, los inteligentes tienden a subestimar su potencial, como ya denunciaba Cipolla. Es por ello muy importante grabarse como un principio fundamental la llamada ley de Hanlon: no debe atribuirse a la maldad cualquier comportamiento que pueda ser explicado por simple estupidez.

¿Somos más tontos ahora que en el pasado? No, más bien al contrario. Bueno, me explico, no es que seamos más inteligentes que, pongo por caso, hace un par de siglos, sino que tenemos a nuestra disposición una serie de avances y recursos que nos permiten contemplar la realidad desde una perspectiva ventajosa. ¡El progreso existe! ¡Incluso desde una perspectiva moral! Moreno pone unos cuantos ejemplos con los que no puedo estar más de acuerdo: hoy nadie mínimamente cuerdo –ni siquiera la mayor parte de los locos? defiende que un hombre pueda esclavizar a otro, ni discute que hombres y mujeres tenemos los mismos derechos, ni prefiere la magia o la superstición al conocimiento científico. La paradoja es que este proceso de conquistas no sólo no ha conseguido erradicar la estupidez inherente al ser humano, sino que, por el contrario, la ha hecho más visible, y hasta yo diría más agobiante. La razón es fácil de explicar: vivimos en una sociedad del bienestar y bajo un Estado benefactor que nos ha simplificado la vida. Ahora la mayor parte de las personas no trabajan duramente de sol a sol para caer rendidos al llegar a casa. Disponemos de mucho más tiempo libre y una serie de recursos impensables hasta hace bien poco. Al ensancharse la capacidad de acción del ser humano –y dado que abunda más la estupidez que la inteligencia por motivos obvios?, las posibilidades de materializar ideas estúpidas se multiplican de modo ilimitado. Si Talleyrand se refería a la cantidad de idioteces políticas que se habían evitado por falta de presupuesto, el revés de la sentencia es la viva imagen de nuestra sociedad: no hay organismo público que se resista a sufragar las ideas más peregrinas. En conclusión, «la estupidez está más subvencionada que nunca».

La última de las tres razones a que antes aludía es el corolario inevitable de las dos

anteriores. Dado que, en mi opinión, es la principal, no debe extrañar que antes la mencionara, y no sólo eso, sino que figure de forma destacada en el frontispicio de estas líneas: sí, la estupidez se contagia. También en este caso la razón de ello puede explicarse de modo sencillo, con el añadido de que es igualmente fácil de confirmar con la experiencia de cada cual. Vivimos en una sociedad de farfolla y apariencia. La improvisación, la novedad, la moda o la satisfacción inmediata cotizan mucho más que cualquiera de sus opuestos, y no digamos ya si nos remitimos a valores clásicos, que hoy calificaríamos directamente de obsoletos: esfuerzo, paciencia, madurez o estudio. En realidad, en la llamada posmodernidad o sociedad líquida, más que ideas, hay ocurrencias. Y entre estas últimas, la más rutilante es la que triunfa. Sí, puede que sea sólo una victoria a corto plazo. ¿Y qué? Lo más probable es que sea sustituida por otra del mismo calado, tan estúpida como ella. Así se alimenta el sistema en todos sus aspectos: en la política, la economía y hasta en la cultura. Echen un vistazo a cualquiera de los indicadores. ¿Qué es lo que más vende? ¿Qué o quiénes consiguen el éxito? ¿Qué ofrecen los medios de comunicación? ¿Qué gobernantes ganan las elecciones? Como los humanos somos miméticos por definición, la copia de esas actitudes y comportamientos se dispara hasta convertirse en el rasgo distintivo de la época que vivimos.

Evidentemente, todo ello opera sobre un sustrato que Moreno enfatiza con razón y que ustedes, que no son nada tontos, ya habrán adivinado: mientras la inteligencia es limitada, la estupidez no conoce fronteras. Hay en esa afirmación un matiz que a mí me parece especialmente significativo: mientras que nadie, ni siquiera el más sabio, está libre de cometer tonterías, el estúpido puede serlo de modo integral las veinticuatro horas del día a lo largo de toda su existencia. Concedamos que este extremo no constituya la norma, pero, aun así, nadie puede cuestionar que es más fácil siempre comportarse de un modo estúpido que inteligente. El atolondramiento, la imprevisión o la simple ignorancia, materiales usuales de la imbecilidad, están al alcance de cualquiera, mientras que la reflexión o el conocimiento son bastante más difíciles de conseguir. Si han seguido los pasos descritos hasta ahora, no se sorprenderán lo más mínimo si sostengo que la estupidez termina alimentándose a sí misma en un círculo vicioso que es difícil, por no decir casi imposible, de romper. En el libro se ponen múltiples ejemplos de esta dinámica. Mencionaré tan solo uno, la del lenguaje inclusivo, políticamente correcto, que Moreno desmonta con gracia y precisión. Y para mostrar la impostura de dicha moda, llama la atención sobre el hecho de que no se aplique a los adjetivos peyorativos: ningún líder político dice que deben ir a la cárcel los corruptos y las corruptas, del mismo modo que cuando se dice que aquí no cabe un tonto más, «nadie interpreta que a una tonta si se le podría hacer sitio si nos apretásemos todos un poco».

En una sociedad consumista que intenta seducirnos mediante el halago, la imbecilidad no sólo se corrige, sino que se fomenta y se jalea. Al fin y al cabo, se trata de eso, de fomentar

la conducta irreflexiva del consumidor. Es lo que se ha llamado infantilización de la sociedad, es decir, universalización de la conducta tontuela. Hablamos de unas actitudes que se extienden en todas las direcciones posibles. En la política, por ejemplo, hemos terminado por asumir un principio letal para la democracia, como es que no pueden ganarse las elecciones diciendo la verdad y sí, en cambio, haciendo promesas imposibles, es decir, estúpidas. Por el contrario, la democratización se ha entendido –interesadamente, claro? del modo más rastrero, como un igualitarismo a ultranza que comporta el repudio a los mejores y la entronización de la ley del mínimo esfuerzo. Dice Moreno, con toda la razón del mundo, que en el dilema igualdad/libertad, el estúpido siempre optará por la primera, porque con la segunda no sabe qué hacer y, aunque lo supiera, siempre se encontraría en desventaja con el inteligente que sabe sacar más partido de ella.

No hay tonto bueno, decía Unamuno. La frase choca con la estimación popular, que distingue claramente tontería de maldad y que contiene un debate muy interesante que no sería oportuno abrir aquí. Aunque a Moreno le parece en principio demasiado categórica la cita unamuniana, desemboca finalmente en una posición similar. Pero, desde mi punto de vista, mientras resulta indiscutible que «la estupidez no es incompatible con la maldad», no está tan claro que «el mal siempre es estúpido» y «la estupidez casi siempre es malvada». La identificación absoluta de mal y estupidez sólo se sostiene desde el intelectualismo moral clásico, de raíz socrática («nadie hace mal a sabiendas»), pero lo cierto es que nuestro tiempo ha abierto tanto el abanico de la estupidez que da para tontos de todos los colores. Lo que pasa es que Moreno pone el énfasis en el tonto militante, ese que siente la llamada más o menos sincera por salvar a la humanidad o, simplemente, al cachito de humanidad que tiene al lado: sus conciudadanos. En realidad, la mayor parte de su discurso viene a ser un alegato (en defensa propia) contra este espécimen que adopta las más diversas formas: líder carismático, dirigente providencial, nacionalista, terrorista, ecologista, feminista. No trata de meterlos a todos en el mismo saco, porque no todos hacen las mismas barbaridades, pero tampoco trata de ocultar el basamento que comparten: una aspiración redentora que al final, por su estupidez, termina dejando el mundo peor de lo que estaba.

Y es que a la postre, la filosofía de Ricardo Moreno, que comparto plenamente, no viene a ser otra cosa que una pequeña exégesis del famoso apotegma de Pascal: todas las desgracias del hombre proceden de una sola cosa, su incapacidad para quedarse tranquilo en una habitación. El estúpido es el primero que es incapaz, por una sencilla razón: se aburre. Las consecuencias pueden ser tremendas: para salvarse a sí mismo, el idiota busca la coartada de salvar al mundo y, cuanto más idiota, más proclive es a emplear métodos expeditivos, incluyendo el asesinato de sus semejantes. No es menos malo quien mata por una idea que quien mata por cinco euros. Pero tampoco es más listo. Es verdad que la inmensa mayoría de

los estúpidos no llega tan lejos. Se acomodan en su reducto de narcisismo e ignorancia, en un solipsismo infantil que antes era privativo de los menores y hoy se extiende hasta quienes llegan a centenarios. No en balde se ha dicho que vivimos en una sociedad de perpetua minoría de edad, que es como decir alelados. Como los niños, los ciudadanos del Estado del bienestar nos creemos con todos los derechos. Y, también como los niños, descubrimos a cada paso mediterráneos sin reparar, dada nuestra ignorancia, en que no hay tontería, por gorda que sea, que no haya sido dicha antes. Descrita la situación, déjenme que vuelva al principio, porque ahora se entenderá mejor la magnitud de la batalla: la lucha contra la estupidez es agotadora, pero, sobre todo, muy desigual. La estupidez, como se dijo, es ilimitada, pero, lo que es más importante, suele ser también refractaria a los recursos de la racionalidad. En el libro se recuerda la justa advertencia de Mark Twain: «Nunca discutas con un estúpido. Te hará descender a su nivel y ahí te gana por experiencia». Con todo, el humorista norteamericano se queda corto, porque el estúpido no sólo gana, sino que te contagia. Recuerden: la estupidez es como la gripe. Ninguno estamos a salvo.